

IV. CRÍTICA CRISTIANA

Dejaremos ante todo claramente establecido que muchos de los principios y objetivos propuestos por el bahaísmo son en sí excelentes e irreprochables: Paz, justicia y fraternidad universales, educación y trabajo para todos, respeto y consideración a los niños, igualdad de la mujer, búsqueda de la Verdad... son también objetivos del cristianismo bíblico. En consecuencia, no son estas encomiables finalidades lo que hay que criticar del bahaísmo, sino los medios propuestos y, sobre todo, *sus presupuestos dogmáticos*.

En la introducción de su libro *La Renovación de la Civilización*, David Hofman dice:

«Permítame asegurarle que, a pesar de que este libro trata de religión, no contiene alegato alguno por credos, rituales, sectarismos o cualquiera de las doctrinas hechas por el hombre, que han ahogado el verdadero espíritu de la religión» (p. 8).

Sin embargo, a ningún observador se le escapará el hecho de que la Fe Bahá'í tiene una doctrina característica y dogmática. No puede ser baha'í quien rechace a Bahá'u'lláh como mensajero divino, o no comparta sus puntos de vista sobre Dios y sus Manifestaciones, la unidad esencial de las religiones, la recta interpretación (simbólica) de sus correspondientes Escrituras, etc. Es evidente que, en su anhelo de superar las diferencias religiosas, la Fe Bahá'í ha construido su propio sistema, tan dogmático como los demás, y ha reunido una comunidad para pertenecer a la cual exige fidelidad exclusiva a sus creencias y prácticas distintivas. *En otras palabras, el bahaísmo en realidad hace precisamente aquello que dice aborrecer.*

Es falsa la afirmación bahá'í en el sentido de que jamás sufrió cismas, pues en su breve historia sufrió al menos dos, a saber, los relacionados con la sucesión del Bab y de Bahá'u'lláh (véase el apartado I, arriba). Y si actualmente no se divide ya en sectas, ello se debe a la centralización normativa de su enseñanza doctrinal. En el fondo, el bahaísmo entraña una deliberada falsificación de la verdadera fe cristiana bíblica e histórica:

«Creemos que Bahá'u'lláh, como última manifestación de Dios en carne, es una imitación de la encarnación de Jesucristo. Las "tablas inspiradas" del bahaísmo son una falsificación de la Sagrada Escritura; su "Bautismo Espiritual", la "Tierra Santa", "las Bienaventuranzas", "El Banquete Unido" (similar a la Cena del Señor), sus rezos y juramentos... parecen ser medios calculados para atraer a cristianos de diversas ramas de la Cristiandad, pero no para aumentar nuestro respeto por el bahaísmo» (Van Baalen, p. 152).

«Primero, podemos discernir que, aunque islámico en origen, el bahaísmo se ha vestido cuidadosamente en terminología occidental y ha imitado a la cristiandad en formas y ceremonias siempre que ha sido posible, para volverse atrayente para la mente occidental.

Segundo, el bahaísmo está ansioso por *no* entrar en conflicto con los principios básicos del Evangelio y así, los baha'ís están perfectamente dispuestos a que los cristianos mantengan su fe de manera nominal, siempre que reconozcan a Bahá'u'lláh y los propios generales de la Fe mundial Bahá'í.

Tercero, el bahaísmo deliberadamente socava las doctrinas fundamentales de la fe cristiana, sea negándolas de plano, o bien manipulando cuidadosamente la terminología para "diluir" el dogmatismo doctrinal que caracteriza al cristianismo ortodoxo" (Martin, p. 227s.).

Una expresión de la posición deliberadamente ambigua que el bahaísmo adopta hacia el cristianismo en Occidente es el hecho de que los bahá'ís suelen denominarse *cristianos* con la excusa de que, a su manera, creen en Cristo. Con el mismo fundamento podrían llamarse budistas o musulmes, pero en nuestros países nominalmente católicos prefieren llamarse precisamente *cristianos*. Es obvio que el bahaísmo poco tiene que ver con la fe bíblica, como se verá a continuación.

1. *Dios*. Aunque personal y trascendente, le ha plácido revelarse al hombre. Yahvéh Dios habló con Abraham (Gn. 18) y se manifestó a Moisés en la zarza ardiente. Los cristianos creemos que fue el Hijo de Dios, el Verbo, quien habló con los Patriarcas del Antiguo Testamento, y que el único Dios verdadero son las tres Personas del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Jesús es Dios: «el Verbo era Dios... a Dios nadie le ha visto jamás; el unigénito Dios, que está en el seno del Padre, Él le ha dado a conocer» (Jn. 1:1, 18 margen; cf. 20:28; He. 1:8; 1 Jn. 5:20; Tit. 2:13; Ro. 9:5). El Espíritu Santo también es Dios: «No sabéis que sois Templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?» (1 Co. 3:16; cf. Hch. 5:3s.; 2 Co. 3:17s., etc.).

2. *La Revelación*. Es cierto que ha sido progresiva, y en el pasado fue traída de muchas formas a través de los profetas; pero Dios «en estos últimos días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por medio de quien, asimismo, hizo el universo» (He. 1:1s.). La revelación de Jesucristo es definitiva, y tiene validez permanente: «Mis palabras no pasarán.» El Nuevo Testamento sienta sobradamente las bases para una civilización de paz, amor y justicia, y sus enseñanzas doctrinales y morales tienen un poder transformador para todo buscador honesto de la ver-

dad. Precisamente allí Jesús y los apóstoles anunciaron que antes del fin del mundo vendrían falsos profetas y falsos cristos como Bahá'u'lláh:

«Muchos falsos profetas se levantarán y engañarán a muchos; y por haberse multiplicado la maldad, se enfriará el amor de muchos» (Mt. 24:11s.).

«Mirad que nadie os engañe; porque muchos vendrán en mi nombre diciendo: "Yo soy el Cristo, y engañarán a muchos..." Entonces, si alguien os dice: "Mirad, aquí está el Cristo" o "Está acá", no le creáis. Porque se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y darán grandes señales y maravillas de tal manera que engañarán, de ser posible, aun a los escogidos. ¡Mirad! Os lo he dicho de antemano. Así que, si os dicen: "Mirad, está en el desierto", no salgáis; o "Mirad, está en las habitaciones interiores", no lo creáis. Porque así como el relámpago sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será la venida del Hijo del Hombre» (Mt. 24:4s., 23-27).

«Ahora con respecto a la venida de nuestro Señor Jesucristo y nuestra reunión con él, os rogamos, hermanos, que no seáis movidos fácilmente de vuestro modo de pensar, ni seáis alarmados... como que ya hubiera llegado el día del Señor. Nadie os engañe de ninguna manera; porque esto no sucederá a menos que venga primero la apostasía y se manifieste el hombre de iniquidad, el hijo de perdición» (2 Ts. 2:1-3).

«¿Quién es mentiroso sino el que niega que Jesús es el Cristo? Éste es el anticristo: el que niega al Padre y al Hijo. Todo el que niega al Hijo tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo tiene también al Padre... Os he escrito esto acerca de los que os engañan» (1 Jn. 2:22s., 26).

«Dios fue manifestado en la carne,
justificado por el Espíritu,

visto por los ángeles,
proclamado entre las naciones,
creído en el mundo
y recibido arriba en gloria» (1 Ti. 3:16, margen).

El lugar de Jesucristo en el divino plan de salvación es absolutamente central y singular; no puede comparársele con nadie que le precediera ni con nadie que le siguiera. Es en Él y por Él que todas las cosas y todos los hombres serán un día reunidos en un solo rebaño con un solo Pastor (Jn. 10:16):

«Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida; *nadie viene al Padre, sino por mí*» (Jn. 14:6).

«Yo soy la vid, vosotros las ramas... separados de mí, nada podéis hacer. Si alguien no permanece en mí, es echado fuera como rama, y se seca. Y las recogen y las echan en el fuego, y son quemadas» (Jn. 15:5s.).

«Y en ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre debajo del cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos» (Hch. 4:12).

«Dios lo exaltó hasta lo sumo y le otorgó un nombre que es *sobre todo nombre*; para que *en el nombre de Jesús* se doble toda rodilla... y toda lengua confiese, para gloria de Dios Padre que Jesús, el Cristo, es Señor» (Fil. 2:9-11; cf. Ro. 14:9).

«Que en Cristo sean reunidas *bajo una cabeza todas las cosas*, tanto las que están en los cielos como las que están en la tierra» (Ef. 1:10; cf. Col. 1:15-19; 1 Co. 15:23-28).

Es claro que estos textos se refieren a la persona histórica de Jesús de Nazaret y no le cuadran a cualesquiera «manifestaciones divinas» previas o posteriores: La arbitraria interpretación alegorizante bahá'í es una vía fácil de despojar a la Biblia de su contexto

histórico, gramatical y espiritual en un intento por hacerle decir lo que no dice, y por aplicar sus benditas palabras a quien por cierto no es nuestro divino Maestro. Muchas Escrituras del Antiguo Pacto se cumplieron literalmente en Jesús, y otras se cumplieron de manera simbólica o antitípica: la revelación antiguotestamentaria apuntaba en conjunto al Mesías que habría de nacer en Belén de Judea y que habría de cargar con nuestro pecado. Las Sagradas Escrituras del Nuevo Pacto dan testimonio de que Jesús es ese Mesías o Cristo; las mismas Escrituras advierten que cualquier otro que pretenda ocupar el lugar de Jesús es *un falso profeta y un anticristo*.

3) *Religión y ciencia*. Si en lugar de emplearla para negar hechos centrales de la fe cristiana los bahá'ís aplicaran coherentemente sus principios científicos racionalistas, sus doctrinas favoritas se derrumbarían: ¿Qué prueba científica de la existencia de Dios, del envío de Manifestaciones o de existencia ultraterrena pueden ofrecer? *La ciencia no puede demostrar ni refutar creencias religiosas históricas como la resurrección de Jesucristo o su ascensión corporal.*⁷

4) *El pecado y la salvación*. La Biblia revela, y la experiencia demuestra que el hombre es pecador y debe arrepentirse de su maldad para poder reconciliarse con Dios. La Escritura también enseña claramente la existencia de fuerzas espirituales malignas *personales*.

«Ésta es la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo para todos los que creen. Pues no hay distinción; porque *todos pecaron* y no alcanzan la gloria de Dios» (Ro. 3:22s.).

«Si decimos que no tenemos pecado, *nos engaña*

7. Véase George Eldon Ladd, *Creo en la Resurrección de Jesús*. Caribe, Miami, 1977.

mos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros... si decimos que no hemos pecado, le hacemos a Él mentiroso, y su palabra no está en nosotros» (1 Jn. 1:8, 10).

«Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis hacer frente a las intrigas del diablo; porque nuestra lucha no es contra carne ni sangre, sino contra principados, contra autoridades, contra los gobernantes de estas tinieblas, contra espíritus de maldad en los lugares celestiales» (Ef. 6:11s.; cf. Mt. 4:1-11; Ro. 16:20; 1 P. 5:8; 1 Jn. 2:13s.; Ap. 12:10-12; 20:1-3, 7-10; etc.).

Sólo el Espíritu Santo puede convencer al hombre de la certeza del juicio divino y de la absoluta necesidad de arrepentimiento y reconciliación con Dios (Jn. 16:8-11). Por el contrario, la Fe Bahá'í enseña que las diferencias entre los hombres son una cuestión cuantitativa, de grado, y no cualitativa, de estado; consecuentemente, exhorta a un perfeccionamiento moral e intelectual progresivo, que puede comenzar en cualquier momento y por el propio esfuerzo, y continuar indefinidamente, incluso en el más allá. La Biblia, en cambio, insiste en que el necesario punto de partida de todo esfuerzo válido es el arrepentimiento y la reconciliación con Dios por medio de la fe en Jesucristo, un paso indispensable que Pablo llama la *Justificación por la Fe*. Ser reconciliados, declarados justos por Dios a través de la fe en Jesucristo es la condición *sine qua non* para el progreso espiritual que llamamos santificación.

«El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que desobedece al Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él... Ésta es la voluntad del Padre: que todo aquel que mira al Hijo y cree en él

tenga vida eterna, y que yo lo resucite en el día final» (Jn. 3:36; 6:40).

«Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo, tú y tu casa» (Hch. 16:31).

«Porque por gracia sois salvos, por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No es por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura de Dios, creados en Cristo Jesús para hacer las buenas obras que Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas» (Ef. 2:8-10; cf. Ro. 5:1; Gá. 3-4).

«Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis. Y si alguno peca, abogado tenemos delante del Padre, a Jesucristo el Justo, Él es la expiación por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo» (1 Jn. 2:1s.).

5. *Escatología*. La interpretación meramente simbólica de las Últimas Cosas que defienden los baha'ís carece de base bíblica. Si bien la Sagrada Escritura emplea lenguaje simbólico para describir algunos aspectos de la Parusía, la Resurrección y el Juicio, ello en modo alguno implica que tales acontecimientos no hayan de tener un día efectivo cumplimiento para bendición de unos y maldición de otros.

Parusía: «Porque el Señor mismo descenderá del cielo con aclamación, con voz de arcángel y con trompeta de Dios» (1 Ts. 4:16a).

«Este Jesús, quien fue tomado de vosotros arriba al cielo, vendrá de la misma manera como le habéis visto ir al cielo» (Hch. 1:11).

Resurrección: «Vendrá la hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz y saldrán, los que hicieron el bien para la resurrección de vida; pero los que practicaron el mal para la resurrección de conde-

nación» (Jn. 5:28s.; cf. Dn. 12:2; Mt. 13:24-30; 24:31; 25:31-46; 1 Ts. 4:13-17; 1 Co. 15; Ap. 20:11-15).

La resurrección no puede tomarse aquí simplemente en el sentido espiritual que es admisible en otros pasajes (Ej. Col. 2:13), ya que se habla de una resurrección de vida y de otra resurrección *de condenación*.

Juicio: «Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria y todos sus ángeles con él, entonces se sentará en el trono de gloria y todas las naciones serán reunidas delante de él. Él separará los unos de los otros, como cuando el pastor separa las ovejas de los cabritos; ... dirá a los de su derecha: “¡Venid, benditos de mi Padre! Heredad el Reino que ha sido preparado para vosotros desde la fundación del mundo...” Dirá también a los de su izquierda: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles» (Mt. 25:31-34, 41; cf. Lc. 17:26-30; 2 Ts. 1:7-10; 2 P. 3:7).

No existe la posibilidad de redención o de progreso fuera de esta vida; es en ella que el destino eterno de cada uno se decide (He. 9:27s.; cf. 1 Co. 3:10-15), aunque a Satanás le agrada hacer creer lo contrario.

Nueva creación: «El día del Señor vendrá como ladrón. Entonces los cielos pasarán con grande estruendo: ... Por causa de ese día los cielos, siendo encendidos, serán deshechos, y los elementos al ser abrasados, serán fundidos. Según las promesas de Dios esperamos cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia» (2 P. 3:10, 12s).

«Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existe más» (Ap. 21:1).

Los baha'ís pretenden hacer creer que los apóstoles de Cristo y los maestros cristianos han estado completamente equivocados en aspectos básicos de las enseñanzas de Jesús, y en esto hacen causa común con grupos como los teosofistas y los espiritistas, que propugnan una reinterpretación radical de las palabras de Jesús a la medida de sus propias doctrinas.